

Tras el derrumbe del Muro: un balance de los estudios recientes sobre el comunismo en España

Francisco Erice

Universidad de Oviedo

Mediada ya la pasada década, un somero balance ofrecido por David Ginard sobre los estudios en torno al comunismo español mostraba un panorama realmente poco halagüeño, plagado de lagunas y tergiversaciones¹. Oscilando continuamente entre la exaltación épica, por un lado, y la literatura anticomunista *de guerra fría*) por otro, la historiografía acerca de tan controvertida temática estaba lejos de haber alcanzado la necesaria *normalización*. Es cierto que, hasta los años setenta, la notable carencia de trabajos monográficos y la escasez de fuentes disponibles habían dificultado una reconstrucción mínimamente rigurosa, en sus grandes trazos, del desarrollo del movimiento comunista en nuestro país; pero tan importantes como estos factores eran los elementos de distorsión presentes tanto en las versiones con voluntad hagiográfica (sobre todo la historia *oficial* realizada por encargo del Comité Central del PCE) como en las elaboradas con una clara intencionalidad denigratoria, al servicio de la propaganda franquista (Comín Colomer, Ruiz AYÚcar). Otras contribuciones de los primeros años del postfranquismo, desde perspectivas fuertemente críticas o próximas al comunismo *heterodoxo* (Víctor Alba, Pelai Pages, Joan Estruch), distaban, asimismo, de proporcionarnos una visión de conjunto suficientemente rica y ponderada. Habrá que esperar a la siguiente década para que aparezcan

¹ GINARD, D.: «Aproximación a la bibliografía general sobre la historia del movimiento comunista en el Estado español», en ERICE, F. (coord.): *Los comunistas en Asturias 1920-1982*, Gijón, Trea, 1996, pp. 27-37.

las primeras síntesis aceptables, desde la solvente aportación de Rafael Cruz acerca del PCE en la etapa republicana hasta la atrabiliaria y a la vez documentada de Gregorio Morán sobre el período franquista y los años de la Transición².

¿Hasta qué punto la crisis del modelo surgido en 1917 (en cuya estela se situaron las distintas experiencias comunistas *nacionales*) y la caída del llamado *socialismo real* en la Europa centro-oriental han propiciado cambios en este panorama? Desde luego, como señalaba Ginard, no parecen haber estimulado una eclosión repentina del interés por el tema, aunque tampoco -podríamos añadir- hayan ejercido el efecto contrario. Lo que sí cabía esperar del final de la *guerra fría* era una creciente desideologización del discurso subyacente y una mayor impronta académica en los análisis; en ello, sin duda, hemos avanzado, pero el camino que queda por recorrer parece aún largo. Dicho de otro modo, el supuesto fin del comunismo no ha significado paralelamente el del anticomunismo y sus derivaciones historiográficas. La legítima reacción frente a las visiones apologeticas (dicho sea de paso, no exclusivas del movimiento comunista) ha olvidado con frecuencia que, aparte del Muro con mayúsculas, otros muros mentales deben caer para poder hacer una historia -también de los comunistas- ajena a requisitorias más propias de fiscales que de historiadores profesionales³.

Tanto o más importantes que los cambios en el contexto político-social nacional o internacional parecen haber sido, en este orden de cosas, factores *internos* de la disciplina, como los avances de la historiografía española en general y la exploración de nuevas fuentes. En la última década, aparte del uso cada vez más sistemático de la prensa, los testimonios orales y los depósitos documentales conocidos con anterioridad, hay que destacar una más profusa utilización del archivo histórico del PCE; el acceso creciente a la documentación de procedencia militar, judicial y penitenciaria, o la utilización, todavía circunstancial, de los ricos fondos procedentes de la Internacional Comunista.

² CRUZ, R.: *El Partido Comunista de España en la 11 República*, Madrid, Alianza, 1987, y MORÁN, G.: *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España*, Barcelona, Planeta, 1986.

³ A modo de ejemplo, la reseña de Felipe Nieto acerca de tres libros recientes sobre el comunismo español en *Espacio, Tiempo y Forma*, t. 13, Madrid, Serie V-Historia Contemporánea, 2000, pp. 492-501, enfatiza las deformaciones de una historia *oficial* cuyo alcance exagera, sin apreciar al tiempo los sesgos en sentido contrario.

Mención aparte, en el capítulo de fuentes, merecen las memorias y autobiografías. No tenemos espacio, en estas páginas, para comentar alguno de los numerosos testimonios escritos de militantes o ex-militantes con proyección regional o local. Además de ellos, desde 1990, al menos una decena de relevantes personajes del comunismo español han publicado libros de memorias, de valor y carga polémica desigual, pero siempre con el interés de constituir referentes de primera mano para la comprensión de etapas, situaciones o momentos significativos⁴.

De todos estos relatos, el más controvertido ha resultado ser, como cabía esperar, el de Santiago Carrillo. Marcelino Camacho y Simón Sánchez Montero nos ofrecen sus testimonios en torno al surgimiento del *nuevo movimiento obrero* bajo el Franquismo, y Solé Tura nos introduce en los ambientes catalanes de oposición estudiantil e intelectual al Régimen. El texto de Azcárate aporta elementos relevantes para la reconstrucción de episodios como el *asunto Monzón*, y para el conocimiento del claustrofóbico mundo del Partido en el exilio. El libro de Mendezona ilustra los avatares de la célebre Radio España Independiente, rememorando también, en sus capítulos iniciales, el clima característico de la militancia juvenil comunista en el Madrid republicano.

Entre los volúmenes de memorias mencionados, no obstante, hay tres que merecen una valoración particular. Uno es el de López Raimundo, que entevera su relato con evocaciones personales y referencias a la vida cotidiana de la época, interesantes observaciones sobre la clandestinidad y versiones bastante ponderadas sobre sucesos

4 Entre ellos están Marcelino CAMACHO (*Confieso que he luchado. Memorias*, Madrid, Temas de Hoy, 1990), Santiago CARRILLO (*Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993), Gregario LÓPEZ RAIMUNDO (*Primera clandestinidad*, Barcelona, Antártida-Empúries, 1993 y 1995, 2 t.), Manuel AZCÁRATE (*Derrotas y esperanzas. La República, la Guerra Civil y la Resistencia*, Barcelona, Tusquets, 1994), Ramón MENDEZONA (*La Pirenaica y otros episodios*, Madrid, Libertarias, 1995), Irene FALCÓN (*Asalto a los cielos. Mi vida junto a Pasionaria*, con la colaboración de Manuel JIMÉNEZ y Jesús MONTERO, Madrid, Temas de Hoy, 1996), Simón SÁNCHEZ MONTERO (*Camino de libertad. Memorias*, Madrid, Temas de Hoy, 1997), Jordi SOLÉ TURA (*Una historia optimista. Memorias*, Madrid, Aguilar, 1999) y Domingo MALAGÓN (Mariano Asenjo y Victoria Ramos, *Malagón. Autobiografía de un falsificador*, Barcelona, El Viejo Topo, 1999). Habría que añadir los últimos tomos de las voluminosas memorias de Santiago Álvarez o las referencias a la Guerra y las Brigadas Internacionales en el emotivo texto de Lise LONDON: *La madeja del tiempo. Roja primavera*, Madrid, Ediciones del Oriente y del Mediterráneo, 1996 (ed. original francesa del mismo año).

tales como la expulsión de Camarera, proporcionando además útiles datos acerca de los avatares de su propia detención y procesamiento. La autobiografía de Domingo Malagón, por su parte, recorre con viveza una singular trayectoria humana, desde la infancia pobre hasta la conversión en clandestino entre los clandestinos que debió sufrir quien fuera encargado de la importante tarea de falsificar los documentos de los militantes; Malagón, al relatarnos la historia del doble sacrificio de su vida familiar y sus aptitudes artísticas, nos suministra una fresca descripción del heroísmo y a veces de las miserias de los militantes del exterior, incluyendo críticas desmitificadoras a situaciones y personajes y amargas consideraciones sobre la frustración por el desarraigo y el escaso reconocimiento que recibieron muchos veteranos tras su regreso de un largo exilio. En cuanto a los recuerdos escritos de Irene Faición, comunista injustamente oscurecida por su discreta presencia al lado de *Pasionaria*, nos relatan, a lo largo de sus apasionantes páginas, la vida de una mujer culta que adquiere conciencia política en los años de la República (a los cuales se dedica la parte más interesante del libro) y desarrolla luego una larga carrera militante, no ajena a las salpicaduras del estalinismo, que llegó a sufrir en sus propias carnes.

Aunque las memorias contengan, necesariamente, esbozos de interpretación histórica, han de ser juzgadas en su calidad de fuentes, y por tanto sujetas a la correspondiente crítica como tales. Otra cosa son los productos propiamente historiográficos, objeto central de estas consideraciones. Dado que una relación demasiado pormenorizada de los estudios recientes resultaría tediosa y de escaso interés, me limitaré a las principales líneas temáticas abordadas, seleccionando para ello algunos de los títulos más significativos que han ido apareciendo.

De entre los libros editados en los últimos años, el único intento de síntesis que puede citarse es la *Historia oculta del PCE*, de Joan Estruch Tabella⁵. divulgativa y sin aparato crítico, que viene a continuar —a veces simplemente a resumir— la línea argumental de trabajos anteriores del mismo autor. La obra apenas contiene cuestiones no conocidas (10 de *oculta* se queda en mero reclamo comercial), partiendo de un doble apriorismo: el carácter intrínsecamente autoritario del leninismo-comunismo (en línea con las tesis del *totali-*

⁵ Madrid, Temas de Hoy, 2000.

tarismo), y su dependencia prácticamente absoluta de la URSS. La historia que describe, plagada de crímenes, errores y oscuridades, es sobre todo una crónica enfocada *desde arriba* (de las direcciones y luchas por el poder) y *desde fuera* (con la larga mano de Moscú actuando en todo momento). Tal *modelo* interpretativo recoge sin duda una parte de la realidad, pero en términos sumamente reduccionistas, haciendo abstracción del protagonismo de los militantes, salvo como meros comparasas, y eludiendo la relación del PCE con la sociedad, que en todo caso considera (salvo etapas muy concretas) poco relevante. Apenas dice nada sobre el papel del PCE en las guerrillas (excepto para denunciar maniobras y oportunismos), y al movimiento de las comisiones obreras le dedica un escueto párrafo, mientras que la carta de Carrillo rompiendo relaciones con su padre consume tres páginas, y en el tan traído y llevado *proceso* de Antón, tal vez porque implica negativamente a *Pasionaria*, se derrochan nada menos que ocho. Estruch llega a tipificar la actitud de los comunistas ante la insurrección de Octubre y ante el golpe de Casado como de clara pasividad, atribuyéndola en ambos casos -¡cómo no!- a los intereses soviéticos⁶. El trabajo contiene además numerosas imprecisiones o deslices (sobre la *huelga general política*, la *reconciliación nacional*, etc.), que podemos ahorrarnos en aras de la brevedad.

Si el libro de Estruch subraya la supeditación del PCE a los designios de Moscú sin aportar documentación probatoria nueva, el sólido trabajo de Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas*, se propone demostrarlo a través de los documentos de la Internacional Comunista⁷. La creciente y decisiva intervención de los delegados de la Comintern hace -a juicio de los autores- que no quepa hablar en rigor de una historia del PCE a lo largo de ese período, sino «de la Sección española de la Internacional Comunista». Esta tesis, sin duda polémica⁸, es defendida con contundencia argumental y una aportación de documentos que la hacen

⁶ Una versión distinta y, por supuesto, mucho más rigurosa de las actitudes comunistas ante la sublevación de Casado, en Ángel BAHAMONDE MAGRO y Javier CERVERA GIL: *Así terminó la guerra de España*, Madrid, Marcial Pons Historia, 1999.

⁷ ELORZA, A., YBIZCARRONDO, M.: *Queridos camaradas. La Internacional Comunista y España, 1919-1939*, Barcelona, Planeta, 1999.

⁸ Josep PUIGSECH I FARRÀS, en una reseña del libro en *L'Avenç* (núm. 244, Barcelona, 2000, pp. 94-95) manifiesta dudas, entre otras cosas, sobre si esta subordinación no aparece sobredimensionada.

verosímil, aunque el lector pueda a veces tener la sensación de que amputarle a la historia del comunismo su dimensión *nacional* no permite explicar, por ejemplo, los avances o retrocesos del movimiento, y dificulta la comprensión de la dialéctica entre partido y sociedad; desde luego a otras instituciones con fuerte y jerárquica dependencia externa, como la Iglesia católica, nadie le niega peculiaridades nacionales o locales. Con todo, el estudio viene a reforzar hipótesis anteriores sobre la influencia exterior en los orígenes del PCE; ilumina las tensiones entre dirección central y comunismo catalán en los años veinte (para lo cual, por cierto, sí utiliza elementos explicativos *internos*, como las diferencias históricas entre el movimiento obrero catalán y el del resto del Estado español); desmiente una vez más el mito del cambio radical tras el relevo del grupo de Bullejos en 1932; y defiende una interpretación del giro frentepopulista en términos esencialmente instrumentales (creación de un *bloque popular* destinado a la penetración hegemónica del PCE especialmente en los dominios de la izquierda socialista). Quizás la parte más atractiva sea la referente a la guerra civil, con un análisis pormenorizado de las conexiones entre política comunista e intereses de la URSS. Para la etapa final del conflicto, la documentación se hace más escasa, dejando incluso *cabos sueltos*, según reconocen los autores, como la demostración del supuesto intento estaliniano de ensayar en España el modelo de *democracia popular* (distinto del concebido inicialmente por Dimitrov) que la dinámica de la *guerra fría* hizo prevalecer en la Europa centro-oriental desde 1947-1948. Es de lamentar, por último, que no se extienda la consulta de fondos archivísticos hasta la disolución de la Comintern (1943), lo cual hubiera permitido redondear el análisis.

Elorza y Bizcarrondo nos recuerdan la importancia política del «sueño de la URSS» en la España de los años treinta; pero es sabido que, como en otros países, el impacto de la Revolución rusa y las transformaciones que con ella se inician hay que remontarlo al momento mismo de los acontecimientos. A este asunto, abordado ya en varias ocasiones por los historiadores, se dedica un libro de Juan Avilés Farré, con el significativo título de *La fe que vino de Rusia*⁹. El trabajo pretende subrayar la función de los intelectuales y el papel de ideas y *creencias* en el desarrollo histórico; más en

⁹ AVILÉS FARRÉ, J.: *La fe que vino de Rusia. La revolución bolchevique y los españoles (1917-1931)*, Madrid, UNED-Biblioteca Nueva, 1999.

concreto, se propone «examinar cómo el ejemplo soviético incidió sobre las visiones del mundo y los proyectos políticos de los españoles». A partir de ahí, procesa un voluminoso conjunto de escritos, crónicas de viaje, artículos periodísticos, etc., con el común denominador de reflejar la visión de los coetáneos acerca de la revolución y sus consecuencias ulteriores. En esta abundancia de referencias y su análisis cuidadoso reside tal vez, antes que en los objetivos enunciados por el autor, lo más válido del trabajo, en el que puede apreciarse cierta sensación de abigarramiento, que la ausencia de conclusiones o recapitulación final ayuda a reforzar. Otra objeción posible es la mezcla de partes novedosas con un tratamiento quizás demasiado pormenorizado de asuntos conocidos, como los avatares del *tercerismo* español o las polémicas entre Lenin, Kautsky y Trotski. Dado el interés evidente del estudio, se echa de menos -aunque el autor justifica su elusión- una prolongación del mismo al período republicano, que acaso permitiría cumplimentar de manera más completa los propósitos que se formulan al principio.

Acerca de la trayectoria del PCE durante la guerra civil, abundan las observaciones en las diversas obras de carácter general o temáticas sectoriales que tratan del conflicto ¹⁰. Como trabajos específicamente centrados en el protagonismo de los comunistas, podría mencionarse, además de algunos de ámbito subestatal ¹¹, el que Juan Andrés Blanco Rodríguez ha dedicado al mítico Quinto Regimiento ¹². En él se analizan tanto el *discurso* comunista sobre política militar durante la contienda como su aplicación y las consecuencias favorables que hubo de tener en el aumento de la popularidad e influencia del PCE. El Quinto Regimiento, al que se enlaza con el precedente de las milicias comunistas anteriores a julio del 36 (las MAOC), se presenta como paradigma de una concepción y una práctica que pretenden, con el nuevo Ejército Popular, compaginar la eficacia militar con una conciencia política en soldados y oficiales que garantizara su fidelidad a la República, superando las insuficiencias tanto del modelo

¹⁰ Un balance reciente, en SAGUÉS SAN JOSÉ, J: «La historia de la Guerra Civil española, un campo con puertas aún por abrir», en *Ayer*, núm. 43, Madrid, 2001, pp. 277-289.

¹¹ Verbigracia el dedicado a Asturias de Carmen GARCÍA: «El Partido Comunista en la Guerra civil y la Guerrilla», en ERICE, F. (coord.): *op. cit.*, pp. 85-145.

¹² *El Quinto Regimiento en la política militar del PCE en la guerra civil*, Madrid, UNED, 1993.

miliciano como del ejército tradicional. El repaso a los planteamientos militares del PCE se complementa con un estudio sistemático de las estructuras del Quinto Regimiento y de la composición social de sus efectivos, utilizando para ello las fichas personales conservadas en el Archivo de la Guerra Civil ubicado en Salamanca.

Si de la guerra pasamos al Franquismo, ningún otro autor parece haberse aventurado a proseguir o rectificar el minucioso seguimiento de la evolución *interna* del PCE llevado a cabo en su día por Gregario Morán. Sin embargo, a despecho de algunos injustificables silencios o minusvaloraciones, la proliferación de estudios acerca de las distintas modalidades de oposición al Régimen recoge, como es de rigor, la preponderante presencia comunista, tal como sucede con el movimiento guerrillero de los años cuarenta o con el resurgimiento de los conflictos huelguísticos y el nacimiento de las Comisiones Obreras desde fines de la siguiente década. Con respecto a las guerrillas, recientes trabajos con pretensiones de síntesis ilustran la distinta evaluación de que puede ser objeto la participación del PCE¹³. El de Secundino Serrano es más parco en detalles que relacionen directamente al PCE con la resistencia armada, a la vez que nos ofrece sobre el particular una visión algo destemplada, en la línea de Estruch. En cambio Moreno Gómez resalta el papel central de los comunistas en la construcción de estructuras estables y políticamente orientadas a partir de la presencia de los *huidos*, vinculando prioritariamente al fenómeno (que entronca tanto con la Resistencia antifascista europea como con la izquierda española de los años treinta) con el esfuerzo de los combatientes del interior, antes que con el apoyo externo. Moreno cuestiona, asimismo, la tesis acerca de la *inoportunidad* de la guerrilla, que ve como estrategia coherente hasta 1947, aunque subraya su tardía y caótica desmovilización por parte del Partido Comunista, que habría que remontar no al tan traído y llevado consejo de Stalin a los dirigentes comunistas españoles en 1948, sino a los primeros años del siguiente decenio.

¹³ SERRANO, S.: *Maquis. Historia de la guerrilla antifranquista*, Madrid, Temas de Hoy, 2001; MORENO GÓMEZ, F.: *La resistencia armada contra Franco. Tragedia del maquis y la guerrilla. El Centro-Sur de España: de Madrid al Guadalquivir*, Barcelona, Crítica, 2001, y «Huidos, guerrilleros, resistentes. La oposición armada a la Dictadura», en CASANOVA, J. (coord.): *Morir, matar, sobrevivir. La violencia en la Dictadura de Franco*, Barcelona, Crítica, 2002, pp. 195-295 Y 338. Balance de estudios sobre la guerrilla en Francisco MORENO GÓMEZ: «Huidos, maquis y guerrilla: una década de rebeldía contra la dictadura», en *Ayer*, núm. 43, 2001, pp. 111-137.

En lo que se refiere al desarrollo del nuevo movimiento obrero, el papel del PCE en la formación y sobre todo la consolidación de las Comisiones aparece suficientemente demostrado en las investigaciones que se han ido prodigando en los últimos años, muchas de ellas de ámbito regional o local¹⁴. Sin embargo, seguimos careciendo de un estudio específico acerca de la política sindical comunista, sus cambios y sus elementos de continuidad, para lo cual existe abundante documentación interna en el archivo histórico del PCE. Un trabajo de estas características contribuiría, sin duda, a clarificar algunos equívocos, como el de la supuesta incompreensión de los dirigentes comunistas hacia las Comisiones Obreras y el de la hipotética apuesta *alternativa* del Partido por la llamada Oposición Sindical Obrera (OSO) durante cierto tiempo¹⁵.

Otra de las vías de investigación, todavía poco explorada, es la de la historia regional o local. Frente a los inconvenientes que puede suponer, la reducción del campo de estudio a niveles subestatales ofrece, asimismo, algunas ventajas: posibilidad de un uso más exhaustivo y diversificado de las fuentes (incluyendo las orales); eventual introducción de métodos de análisis microhistóricos y microsociológicos; delimitación eficaz de la especificidades, ayudando a superar

¹⁴ Como las de Balfour sobre Cataluña, Vega y García Piñeiro sobre Asturias, Babiano sobre Madrid, Gómez Alén sobre Galicia y otras. Una visión general, en MOLINERO, C., y YsAs, P.: *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998. Un repaso a las variantes regionales, en RULZ, D. (dir.): *Historia de Comisiones Obreras (1958-1988)*, Madrid, Siglo XXI, 1993. En los números 30 y 42 de la revista *Historia Social* aparecen balances y reflexiones acerca de la historiografía de estos temas, al igual que en el texto de Ramón GARCÍA PIÑEIRO: «El obrero ya no tiene quién le escriba. La movilización social en el *tardofranquismo* a través de la historiografía más reciente», en *Historia del Presente*, núm. 1, Madrid, 2002, pp. 104-115.

¹⁵ SARTORIUS, N., YALFAYA, J.: *La memoria insumisa. Sobre la dictadura de Franco*, Madrid, Espasa, 1999, defendiendo planteamientos de ese tipo. El PCE habría ido a remolque de lo que era creación original de la nueva clase obrera, intentando en todo caso instrumentalizarla. Personalmente creo que la dialéctica entre la *espontaneidad* de las comisiones y el papel desempeñado en su consolidación orgánica y sus perspectivas estratégicas por parte del PCE es bien distinta. Pese a algunas ambigüedades, la OSO nunca quiso ser un sindicato diferente, y esta denominación se usaba para calificar las actividades sindicales de oposición al Régimen dentro del Vertical o fuera de él, incluyendo la formación de Comisiones Obreras. Véase, en ese sentido, el trabajo de Rubén VEGA GARCÍA: «Las comisiones obreras», en el libro, coordinado por él mismo, *Hay una luz en Asturias. Las huelgas de 1962*, Gijón, Trea, 2002, pp. 303-326.

simplificaciones sobre el supuesto monolitismo absoluto del movimiento. No abundan mucho, de todos modos, este tipo de trabajos. Uno de los pocos de estas características que abarca un período cronológico amplio es el volumen colectivo *Los comunistas en Asturias (1920-1982)* ¹⁶, que analiza la presencia comunista en una región con fuerte tradición de militancia obrera. El libro aborda la evolución por etapas del PCE, adentrándose además en algunos aspectos sectoriales (prensa, cultura, protagonismo de las mujeres) y en la implantación comunista en distintos ámbitos locales y socio-laborales (en ciudades y zonas industriales, entre los mineros o los campesinos, en el mundo estudiantil o en el *frente* cultural); incluye, asimismo, un trabajo acerca de las organizaciones comunistas alternativas al PCE. Con esta visión poliédrica (en lo temático) y plural (en autores y metodologías), se pretende resaltar las peculiaridades del comunismo asturiano en el contexto general español, su peso específico en la historia de la región e incluso la presencia de *subculturas* militantes locales.

Otro ejemplo interesante es el que nos proporciona David Ginard en *L'oposició antzfranquista i els comunistes mallorquins (1939-1977)* ¹⁷, caracterizado por la amplitud de fuentes utilizadas, especialmente las orales, y por el rigor en el tratamiento de las mismas. La etapa para la que aporta más novedades, sobre todo en relación con otros trabajos suyos, es la del final del Franquismo (1968-1975), a la que se dedica la mayor parte del trabajo, que analiza, simultáneamente, los problemas de implantación y la línea política del Partido y su proyección social.

También centrado en un ámbito subestatal, encontramos el trabajo de José Luis Martín Ramos, *Rojos contra Franco* ¹⁸, minuciosa reconstrucción de la trayectoria del PSUC en una etapa especialmente compleja como la del primer Franquismo. Partiendo de una amplia documentación de archivo (que incluye fondos procedentes de Moscú), Martín Ramos estudia tanto la reorganización del partido catalán en el interior y en el exilio, como las conflictivas relaciones mantenidas con el PCE. Según las tesis del autor, la singularidad del PSUC como confluencia de distintas corrientes del marxismo catalán comen-

¹⁶ ERICE, F. (coord.): *op. cit.* Dada mi participación en el trabajo, me limitaré a describir su contenido, sin más valoraciones.

¹⁷ Barcelona, Publicacions de l'Abadia de Monserrat, 1998.

¹⁸ *Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947*, Barcelona, Edhasa, 2002.

zó ya a resentirse durante la guerra, y no pudo resistir, finalmente, la derrota de 1939. La aceptación del PSUC, por parte de la Internacional Comunista, como *sección nacional* diferenciada, coincidió con una acentuada presión del PCE por someterlo a su control. Las batallas internas por el poder en la cúpula eran ajenas, en todo caso, a una militancia interior que se desarrollaba en un ambiente de enormes dificultades, que el libro reconstruye detalladamente. El trabajo tiene, sin embargo, inconvenientes formales poco explicables, como la carencia de una introducción explicativa, paliada sólo en parte por el prólogo de Bonamusa, y la ausencia de una relación final de fuentes y bibliografía.

Al contrario de lo que sucede en la *historia local*, el género biográfico nos suministra, en los últimos años, una apreciable cosecha. Al igual que en etapas anteriores, es la figura de *Pasionaria* la que ha recabado más interés¹⁹. Del resto, la mayoría, salvo en el caso de José Díaz, pueden encuadrarse dentro de la categoría de los *herejes*²⁰. Muchos de estos relatos proceden de autores sin formación académica y adolecen de falta de erudición y cautelas críticas, además de caracterizarse por un intenso *presentismo*. Egido nos ofrece una lectura en clave *abertzale* y edulcorada del comunista vasco Jesús Larrañaga; mientras Martorell retrata a un Monzón seductor, abierto y dialogante, precursor lúcido de la *reconciliación nacional* y hasta del eurocomunismo. Acerca de Joaquín Maurín, Anabel Bonsón nos proporciona una biografía de fácil lectura, casi novelada, poco atenta al estudio de su pensamiento y, a veces, hasta del contexto histórico;

¹⁹ GARCÍA CASTILLEJO, Á. 1.: *En el parlamento y en la calle, Dolores Ibárruri diputada*, Madrid, Fundación Dolores Ibárruri, 1995; VÁZQUEZ MONTALBÁN, M.: *Pasionaria y los siete enanitos*, Barcelona, Planeta, 1995; CAPELLÍN CORRADA, M.a].: *De la casa al compromiso político. Dolores Ibárruri, mito del pueblo, 1916-1939*, Madrid, Fundación Dolores Ibárruri, 1996; CRUZ, R.: *Dolores Ibárruri, Historia y Símbolo*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999.

²⁰ EGIDO, J. A.: *José Larrañaga, comunista y abertzale*, Madrid, Vosa, 1994; MAR-TORELL PÉREZ, M.: *Jesús Monzón, el líder comunista olvidado por la historia*, Pamplona, Pamiela, 2000; ROURERA FARRÉ, L.: *Joaquín Maurín y su tiempo. Vida y obras de un luchador*, Barcelona, Claret, 1992; BONSON AVENTÍN, A.: *Joaquín Maurín (1896-1973). El impulso moral de hacer política*, Huesca, Diputación de Huesca-Instituto de Estudios Altoaragoneses, 1995, y GINARD I FÉRON, D.: *Heriberto Quiñones y el movimiento comunista en España (1931-1942)*, Palma-Madrid, Documenta Balear, 2000. El libro de María Victoria FERNÁNDEZ LUCENO: *José Díaz Ramos (Aproximación a la vida de un luchador obrero)*, Sevilla, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1992, es un trabajo breve y meritorio, pero con excesiva carga hagiográfica.

caso distinto es el trabajo sobre el mismo personaje del clérigo Luis Rourera, con un discurso ultrarreaccionario y neofranquista sobreañadido y un tono enfáticamente anticomunista.

Dejando a un lado de momento las biografías de *Pasionaria*, sin duda la más interesante de las citadas es la que Ginard dedica a la enigmática figura de Heriberto Quiñones. Se trata de un trabajo breve, erudito en el buen sentido, ecuánime y ponderado. Con el uso del expediente judicial de Quiñones y otras fuentes sensatamente aprovechadas, el libro esclarece muchos de los puntos oscuros acerca del origen y la trayectoria del personaje, su condición de agente de la Comintern, su labor política en el comunismo balear y español antes y durante la guerra, y sus denodados esfuerzos de postguerra para reconstruir el Partido, que le llevarían al enfrentamiento con la dirección exiliada y a la muerte ante un pelotón de ejecución franquista. Incluye también un ilustrativo capítulo sobre el *antiquiñonismo* dentro del PCE. Según se concluye inequívocamente en este trabajo, la *herejía* quiñonista, más allá de haber formulado *avant la lettre* la política de Unión Nacional, consistió sobre todo en pretender, por la vía de los hechos, un funcionamiento autónomo de la organización del interior.

Entre las biografías de *Pasionaria*, merecen especial atención por su originalidad las elaboradas por María José Capellín y Rafael Cruz. La primera es una lectura en clave feminista, que aborda además los mecanismos de formación del mito y la capacidad de simbolización del personaje. Capellín, antropóloga de formación, sitúa la especificidad de la figura de Dolores en una toma de conciencia política a partir de su condición de mujer tradicional (ama de casa y madre), cuyos valores básicos conservará siempre, sin dejar de contribuir a la vez (de ahí su *feminismo* peculiar) a la incorporación de la mujer a la vida pública. Dolores habría aportado a la militancia unas actitudes propias de una *cultura femenina* en la que la sensibilidad ante los problemas cotidianos marca una clara diferencia frente al *político* al uso y al prototipo de dirigente de la Tercera Internacional. Su carisma, relacionado con rasgos como la voz y la misma estampa física, facilitará su conversión en mito y símbolo de los valores atribuidos al pueblo. El libro es poco novedoso en la parte de reconstrucción biográfica, pero ofrece una interpretación sugerente y saludablemente polémica.

En cuanto al trabajo de Rafael Cruz, se trata sobre todo de un intento de aplicar a la biografía algunos de los recientes enfoques

historiográficos, relacionados con el papel de los ritos y los elementos simbólicos, la construcción cultural de la realidad y las explicaciones histórico-sociológicas de la acción colectiva. El relato que Rafael Cruz articula es, desde luego, sutil y refinado, particularmente interesante –a mi juicio– para el período que va hasta la guerra civil, que es por otra parte el más enjundioso en la trayectoria política de Dolores y el que mejor conoce el autor por sus investigaciones anteriores. Entre los capítulos más brillantes, pueden destacarse las referentes a la reconstrucción, por parte de *Pasionaria*) de las experiencias del pasado a la luz de su conciencia política posterior; las precisiones desmitificadoras sobre su papel en el Partido durante la República y la guerra civil; la pervivencia secularizada de sus creencias religiosas anteriores –en cierto modo reconocida por la propia Dolores y subrayada por otros biógrafos–; la *construcción* de su imagen de madre y sufriente, encarnación de los valores profundos del pueblo español; o el análisis de los ejes de un discurso genéricamente *populista*. A veces se tiene la impresión de que el autor lleva demasiado lejos la idea de la *construcción cultural* de la realidad social (tema, sin duda, opinable) y para ello se lanza por vías un tanto especulativas; también de que algunas partes del trabajo pecan de reiteración, o que las *contextualizaciones* desbordan lo estrictamente necesario. Pero el libro constituye, sin duda, una de las mejores biografías con que contamos de *Pasionaria*.

Quisiera añadir, por último, algunas breves notas sobre las contribuciones de que se ha beneficiado, también en estos últimos años, el estudio de las corrientes heterodoxas del comunismo en nuestro país. Para la etapa previa a la guerra civil, es imprescindible citar el trabajo de Andrew Charles Durgan sobre el Bloque Obrero y Campesino, con un repaso amplio y documentado de las estrategias y las formulaciones teóricas presentes en los intentos por consolidar en Cataluña (en el contexto de un movimiento obrero peculiar) y extender al resto de España un comunismo inspirado en el modelo soviético pero ajeno (y enfrentado) al estalinismo ²¹.

Para el período franquista, en la última década han aparecido algunos trabajos que nos permiten ya seguir la trayectoria de la diversa y abigarrada *nueva izquierda* surgida desde finales de los años cincuenta y desaparecida en las postrimerías del Franquismo y durante la Tran-

²¹ CHARLES DURGAN, A: *BOC*, 1930-1936. *El Bloque Obrero y Campesino*, Barcelona, Laertes, 1996.

slclon. Contamos, para ello, con un análisis de conjunto del Frente de Liberación Popular²². Y al menos dos estudios generales sobre la *izquierda radical*²³.

El armazón del libro de García Alcalá sobre el *Felipe* se sustenta sobre las entrevistas a antiguos militantes. Trata, en forma narrativa, del desarrollo de una organización cambiante a lo largo del tiempo, de orígenes católicos y con fuerte presencia universitaria e intelectual. La importancia más perdurable del grupo residiría en la incorporación de esos sectores a la lucha antifranquista y en la formación de cuadros que luego nutrirían a otros partidos. Entre sus originalidades estarían su ideología y talante poco dogmáticos, así como su estructura orgánica flexible y de tipo federal. La búsqueda pertinaz de una base obrera (a impulsos de una cierta *mala conciencia* burguesa o pequeño-burguesa de su militancia) y sus relaciones de amor y odio con el *hermano mayor* de la oposición antifranquista (el PCE) son otras cuestiones de interés que aparecen en el libro.

El trabajo de Consuelo Laiz y los que coordina José Manuel Roca se centran en el desenvolvimiento de la izquierda radical española. Laiz subraya la triple matriz (catolicismo, nacionalismo y marxismo) de la que brota la ideología de estos grupos, en parte asimilables a la *nueva izquierda* coetánea en otros países; también analiza las causas de su fracaso final, con la inadecuación de su discurso a los nuevos tiempos de la transición posfranquista. Los ensayos del libro colectivo dirigido por Roca incorporan además una aproximación sociológica, una caracterización de sus rasgos ideológicos y algunas cuestiones tan sustanciales como las aportaciones del movimiento estudiantil, la *tentación de las armas* experimentada por algunos de estos grupos y la búsqueda inútil de un proletariado esquivo que justificara su autoproclamación como vanguardias.

²² GARCÍA ALCALÁ, J. A.: *Historia del Felipe (FLF, FOC y ESBA)*. De Julio Cerón a la Liga Comunista Revolucionaria, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2001. Hay también una historia de la sección catalana del Frente, obra de varios autores, *El Front Obrer de Catalunya*, Barcelona, Fundación Rafael Campalans, 1995.

²³ LAIZ, C.: *La lucha final. Los partidos de la izquierda radical durante la transición española*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1995, y ROCA, J. M. (ed.): *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1994. Ejemplo interesante de trabajo regional es el de Valentín BRUGOS, «La izquierda revolucionaria en Asturias. Los diferentes intentos de construcción de un proyecto alternativo al PCE», en ERICE, F. (coord.): *op. cit.*, pp. 459-502.

En definitiva, y por concluir, la producción de los últimos años no puede decirse que haya logrado superar el retraso histórico del que, en comparación con otros movimientos político-sociales, adolece todavía el estudio del comunismo español²⁴. Pero sí es verdad que se han abierto vías prometedoras y se ha avanzado, aunque de forma insuficiente, hacia la *normalización* historiográfica de un tema que posee todos los ingredientes para resultar polémico. No sería realista pedir que los historiadores renuncien a sus propias convicciones, que en definitiva constituyen también estímulos positivos de la labor intelectual y reflejan – y a la vez favorecen – la vinculación del trabajo histórico con los debates del presente. Sería bueno, en todo caso, que, como decía Thompson, nos mostremos capaces de examinar las cuestiones históricas «en sus propios términos y dentro de su propio conjunto de relaciones». Dicho de otra manera, deberíamos buscar un campo común donde avanzar y a la vez discrepar, pero sobre la base de los documentos y sus interpretaciones posibles, no de los prejuicios. Y en esta línea de *saludables deseos*, tal vez convenga recordar aquellas palabras de Marc Bloch contra los historiadores travestidos de jueces: «Robespierristas, antirrobepierristas, ¡ios pedimos, por piedad, que nos digáis sencillamente cómo fue Robespierre!».

²⁴ Apenas se ha iniciado aún el tratamiento de temas relacionados con su *cultura política* específica o cuestiones en las que, por ejemplo, la historiografía sobre el comunismo francés, ha profundizado desde hace décadas. Véase, en ese sentido, la aproximación de Jorge DRÍA: «Asturias 1920-1937. El espacio cultural comunista y la cultura de la izquierda: historia de un diálogo entre dos décadas», en ERICE, F. (coord.): *op. cit.*, pp. 249-311. Por lo demás, los estudios sobre el PCE comparten, asimismo, las limitaciones temáticas y las carencias metodológicas que, en general, tiene la historia política hecha en nuestro país, en relación con algunas otras tradiciones historiográficas.

